

posiciones evidentes, y perder tiempo? Sin embargo, el tiempo se pierde todos los dias, y toda la rapidez con que vuela no es bastante á moderar la ansia con que deseamos verle pasar. Cuenta hoy tus años; numera tus dias; ¿cuántos has perdido? ¿qué pocos hallarás que no hayas malogrado! Pues en verdad que la pérdida es de consecuencia, porque al fin nuestros dias son contados, y no hay siquiera uno de que no se haya de dar estrecha cuenta. Esta pérdida es irreparable; porque ¿cómo se repararán quince ó veinte mil dias mal empleados y perdidos? No hay otro recurso que á la misericordia de Dios, y á aprovechar bien los que nos restan. No pierdas un instante de tiempo, y observa fielmente los consejos que se siguen.

2. Todos los dias en la oracion de la mañana, en la misa y en el exámen de la noche, pide á Dios perdon del tiempo que has perdido. Cualquiera recreo ó cualquiera honesta diversion que tomes, santificala tanto en el motivo ó en la intencion como en el mismo ejercicio. Y para eso determina un número fijo de actos de amor de Dios que has de hacer todo el tiempo que ella durare, como tambien en el de comida y cena. De aquel tiempo que tienes destinado para recrearte ó para descansar, emplea media hora cada semana en oracion ó en otras buenas obras. Cada año has de escoger un dia, que todo él debes dedicarle á *redimir el tiempo*, como habla el Apóstol (*Ephes. 5*), empleándole en oraciones, en penitencias, en buenas obras, haciendo mas cuantiosas limosnas, y no perdiendo ni un solo instante de aquel dia. El mas propio para este santo ejercicio es el dia en que cumples años. Nunca dejes de acusarte en todas las confesiones del tiempo que perdiste, bien persuadido de que es una falta de mucha consideracion.

---

## DIA OCTAVO.

### SAN GODEFRIDO, OBISPO DE AMIENS.

Nació san Godefrido de padres nobles, ricos y caritativos. Su padre se llamó Frondon, y su madre Isabel. Tuviéronle como por milagro, concediéndosele Dios á sus oraciones cuando ya estaban avanzados en edad. Llenó de gozo á todo el pais el nacimiento de aquel dichoso niño. Fué su padrino de bautismo, y le puso su nombre Godefrido, abad del monte de San Quintin le Perone, sugeto muy ilustre, tio de la bienaventurada Ida, condesa de Boloña y madre de Godofredo de Bullon, rey de Jerusalem. Siendo el niño de edad de cinco años, le admitió su padrino en su monasterio. ¿Qué fruto no se debia esperar de una tierna planta que á tan buen tiempo iba á ser regada con el rocío celestial en el campo de la religion! Desde luego dió grandes indicios de su futura eminente santidad; porque, habiéndole picado una grulla entre los dos ojos con tanta violencia, que naturalmente habia de perder ó la vida ó la vista, el tierno Taumaturgo invocó el nombre de Jesucristo, hizo la señal de la cruz sobre la herida, y al instante desapareció, quedándole solo una leve cicatriz, sin deformidad, como para visible testimonio del prodigio que habia obrado el Señor. ¿Adónde no llegaria un niño que comenzaba la carrera de la virtud haciendo milagros? Al paso que adelantaba en edad, adelantaba tambien en perfeccion. A la manera que una tierra abrasada de los rayos del sol abre sus entrañas sedientas para recibir la lluvia del cielo, se abria aquella hermosa alma á

las divinas influencias para recibir en su corazón el precioso rocío de la gracia. Considerábase su abad como un ameno y fecundo campo, cuyas flores prometían una copiosa mies, y solía decir lo que el Espíritu Santo dijo de san Estéban, que su semblante parecía al de un ángel del cielo. Era niño, y en sus costumbres mostraba todo el seso y toda la prudencia de la edad madura. Empleaba la noche en oración, y el día en el estudio y en cantar las divinas alabanzas. Derramaba Dios tantas luces en aquella pura alma; inundábala de tantos consuelos, que en sus discursos se conocía la plenitud de las primeras, y en sus dulces lágrimas la abundancia de los segundos. Cuando llegó á los veinte y cinco años, quiso su abad que se ordenase de sacerdote, en cuyo precepto tuvo mucho que sacrificar su humildad. Poco después que recibió el carácter sacerdotal, así el arzobispo de Reims, como los prelados de la provincia, deseosos de ver renovada la observancia en el monasterio de Nuestra Señora de Nogent, le eligieron por su abad. Todo lo halló lleno de confusión: la iglesia arruinada, las celdas casi por tierra, enajenadas las rentas, cubierto de zarzas y de maleza el recinto del monasterio. No le acobardó aquel lastimoso espectáculo: reparó la iglesia, fabricó nuevos dormitorios, recobró las rentas usurpadas, y proveyó á las necesidades de los monjes con tanta prudencia, que se conoció claramente andaba la mano de Dios con el nuevo José. Hizo mas: volvió á entablar la observancia regular con tanta perfección, que el monasterio de Nogent se hizo uno de los mas famosos del país. Era el santo abad modelo de penitencia: su mayor regalo eran unas yerbas cocidas con un poco de sal. Quiso el cocinero en cierta ocasión sazonarlas con no sé qué mas, y fué severamente reprendido. Hacía frecuentes pláticas á sus monjes, todas eficaces y llenas de unción. Alentábalos

al ejercicio de todas las virtudes, exhortábalos al menosprecio de las cosas del mundo, y los enseñaba á vivir únicamente para el cielo: sabía condescender prudentemente con los flacos, sin que la condescendencia degenerase en falta de vigor. Imitaba la prudencia del gobierno divino, en que se junta la fortaleza con la suavidad. Comunicóle Dios el poder de Elias, y á su oración se desataban las nubes, y caía del cielo la lluvia. Volaba su fama por toda Francia; y habiendo renunciado voluntariamente su obispado Gerbano, obispo de Amiens, el clero y el pueblo pusieron los ojos en Godefrido para ocupar aquella silla. Resistióse por largo tiempo; pero se rindió en fin al precepto del cardenal Ricardo, legado apostólico, que presidía el concilio de Troyes. La nueva dignidad solo sirvió para hacer mas visible su modestia y mas sobresaliente su tierna compasión de los pobres. No se veía fausto en su traje: notábase en sus muebles una humilde simplicidad, y su mesa era tan frugal en palacio como en el monasterio. Las puertas de su palacio estaban abiertas á los miserables: recibía los pobres, lavábales los piés, servíalos por sus propias manos: era el consuelo de las viudas, el padre de los huérfanos y el protector de los desvalidos. Ni los mismos leprosos, por asquerosos que fuesen, eran excluidos de su caridad, en cuyo dilatado seno encontraban lugar todos los infelices. Entre sus despilfarrados trapos, entre las enfermedades mas hediondas, descubrian los ojos de su fe una alma racional, criada á imagen de Dios, y redimida con la sangre del Hijo de Dios, y esto excitaba su zelo, y era objeto digno de su amor. Consideraba la prelación, no como dignidad, sino como un trabajoso ministerio que le ligaba á la salvación del prójimo con tantos lazos como ovejas tenía. Aplicóse con todo su conato á la reforma del clero, y á desarraigar todos los vicios.

Granjeóle algunos enemigos este vigor pastoral. Regalaronle en cierta ocasion con vino emponzoñado; pero lo descubrió con luz del cielo; y por otra parte, ¿qué podia temer un hombre acostumbrado á no temer mas que á Dios? Tan ventajosa es la muerte para los hombres apostólicos, como lo era para el apóstol san Pablo. Son los santos aquellos hombres, de quienes dice san Agustin que sufren la vida con paciencia, y esperan la muerte con alegría. Dió grandes pruebas de su zelo y de su teson. Habiendo ido á Saint-Omer para cumplimentar á Roberto, conde de Flandes, que se habia retirado allí á pasar las fiestas de Navidad, fué recibido del conde con gran distincion, y este le suplicó que celebrase en su presencia de pontifical en aquella gran solemnidad. Hizolo el santo; pero advirtiéndole que algunos señores se llegaban con indecencia al altar para ofrecer, lleno de una santa indignacion, no quiso admitir sus ofrendas: lo que les hizo tanta impresion, que, por no privarse de la bendicion de hombre tan santo, se revistieron de aquella modestia, respeto y compostura que pide la Iglesia á sus hijos cuando se acercan al santuario. Extendióse por toda la Europa la noticia de esta vigorosa accion con mucha gloria de Godefrido. Sintiendo cada dia mas el peso de la carga pastoral, suspiraba por algun retiro que le descargase de ella. Con este pensamiento se huyó secretamente á la gran Cartuja, con resolucion de acabar en ella sus dias en silencio, en mortificacion y en olvido de todas las cosas del mundo. Como los vecinos de Amiens no le veian volver, recurrieron por otro obispo al concilio de Beauvais, que se celebró poco despues; pero los diputados no recibieron otra respuesta que una severa reprehension por haberse hecho indignos del gobierno de tan santo prelado, despidiéndolos el concilio llenos de confusion y de vergüenza, obligándolos á que le bus-

casen en cualquiera parte donde estuviese, y protestándoles que, mientras viviese Godefrido, no tenian que esperar otro obispo. Al mismo tiempo llegó al concilio una carta del santo fugitivo, en que se declaraba indigno del obispado, y suplicaba humildemente á los padres le admitiesen la renuncia, y colocasen otro en su lugar. Esta humildad sacó lágrimas de ternura á los padres del concilio; pero trasferido este á Soisons, tan lejos estuvo de condescender con su instancia, que le despachó por diputados á Enrique, abad de San Quintin, á Huberto, célebre monje de Cluni, con orden de que le trajesen consigo. Vióse precisado á obedecer, y saliendo de su amada soledad con el cuerpo, dejó en ella el corazon. Fué recibido en Amiens con el mismo regocijo con que lo habia sido en su primera entrada. Volvió á predicar con vigor, y declamar zelosamente contra los desórdenes; pero ni el ejemplo de sus virtudes, ni el beneficio de sus copiosas limosnas, ni sus palabras llenas del espíritu de Dios, fueron bastantes para convertir aquel pueblo endurecido. Era menester algun azote de Dios para que abriese los ojos. Bajó fuego del cielo, que redujo á ceniza toda la ciudad, menos la iglesia de San Fermin, el palacio episcopal y algunas pocas casas. Habialo profetizado san Fermin; habialo anunciado el mismo Godefrido, no quiso el pueblo creerle, y fué consumida casi toda la ciudad. Corrigiéronse por algun tiempo; pero duró poco la enmienda: volvieron los desórdenes, y volvió el santo á suspirar por su soledad. Dióle el Señor á entender que se acercaba su muerte, y que se acabaria presto su peregrinacion. Mientras se llegaba este dichoso dia, que habia de poner fin á las miserias de esta vida, y ponerle en posesion de los gozos de la eternidad, quiso hacer un viaje á Reims para tratar cierto negocio grave con Roaldo el Verde, arzobispo de aquella ciudad. Cayó peligrosamente enfermo en

el camino, hallándose hospedado en el monasterio de San Crispin el grande: quiso sin embargo proseguir su viaje; pero agravándosele el mal cerca del monasterio, le volvió a conducir á él su venerable abad restaurador. Luego que llegó, recibió los sacramentos por mano de Lisiardo de Crispi, obispo de Soisons: dió su bendicion á todos los monjes, levantó los ojos al cielo, y entregó su alma al Criador en una profunda paz. Dicese que murió virgen, y se puede piadosamente creer que conservó hasta la muerte la inocencia bautismal. Fué obispo solos once años, y murió el dia 8 de noviembre de 1118, á los cincuenta de su edad.

#### MARTIROLOGIO ROMANO.

La octava de todos los santos.

A tres millas de Roma en la via Lavicana, el martirio de los santos Claudio, Nicostrato, Sinforiano, Castorio y Simplicio, que fueron desde luego puestos en la cárcel, luego cruelmente azotados con disciplinas guarnecidas de puntas aceradas; pero como no se mantuviesen menos acérrimos en la fe, mandó el emperador Diocleciano que los arrojasen al rio.

En la misma via Lavicana, la fiesta de los santos Cuatro Coronados, hermanos, Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino, azotados bajo el mismo emperador con disciplinas emplomadas, hasta que murieron en tan cruel vapulacion. Sus nombres solo fueron conocidos despues por divina revelacion; pero esto no impidió el que se celebrase su fiesta con la de otros cinco, bajo el nombre de los Cuatro Coronados; uso que se ha conservado en la Iglesia aun despues de conocidos sus nombres.

En Roma, san Deusdedit, papa, cuyos merecimientos delante de Dios fueron tan grandes, que con solo un ósculo curó á un leproso.

En Breme, san Villehado, primer obispo de aquella ciudad quien con san Bonifacio, cuyo discípulo habia sido, contribuyó á propagar el Evangelio en la Frisa y en la Sajonia.

En Soisons, san Godefrido, obispo de Amiens, varon de eminente santidad.

En Verdun, san Mauro, obispo y confesor.

En Tours, san Claro, presbítero, cuyo epitafio compuso san Paulino.

En una isla adyacente á Irlanda, san Kebe, el cual pasó cincuenta años de su vida en Poitiers.

En Auxerre, san Drouaud, obispo.

Cerca de Solidor en la diócesis de San Malo, san Suillac, abad.

En Bretaña, san Tremeur, confesor.

En Constantinopla, santa Osa, mujer casada.

*La misma es en honor del santo, y la oracion la que sigue:*

Exaudi, quæsumus, Domine,	Oye, Señor, la súplica que te
prec's nostras, quas in beati	hacemos en la solemnidad de tu
Godefridi, confessoris tui atque	confesor y pontifice san Gode-
pontificis, solemnitate deferri-	frido; y asi como él te sirvió con
mus; et qui tibi dignè meruit	fidelidad, asi tambien nos libres
famulari, ejus intercedentibus	de todos nuestros pecados en
meritis ab omnibus nos absolve	atencion á sus merecimientos.
peccatis. Per Dominum nos-	Por nuestro Señor Jesucristo...
trum Jesum Christum...	

*La epistola es del cap. 3 de la segunda del apóstol san Pablo á los Tesalonicenses.*

Fratres: Cùm essemus apud	Hermanos: Cuando estába-
vos, hoc denuntiabamus vobis:	mos con vosotros, os intimába-
quoniam si quis non vult ope-	mos esto: conviene á saber, que
rati, nec manducet; audivimus	el que no quiere trabajar, tam-
enim inter vos quosdam ambu-	poco coma: pues habemos oido

lare inquietè, nihil operantes, sed curiosè agentes: iis autem, qui ejusmodi sunt, denuntiamus, et obsecramus in Domino Jesu Christo, ut cum silentio operantes, suum panem manducent. Vos autem, fratres, nolite deficere benefacientes.

que algunos de entre vosotros proceden desordenadamente, no trabajando nada, si estando vagos: á estos que son así los conjuramos en el nombre de Jesucristo, y les hacemos saber que, trabajando con silencio, coman su pan. Pero vosotros, ó hermanos, no os entibieis en el bien obrar.

## NOTA.

«Escribió san Pablo la segunda epístola á los Tesalonicenses desde Corinto poco despues de la primera, el año de 52 ó 53 de Jesucristo. Eran los Tesalonicenses naturalmente perezosos y holgazanes, por lo que el Apóstol reprende á los que estaban sobre mano, y de camino censura á los bulliciosos, á los curiosos y enteramente mundanos.»

## REFLEXIONES.

No hay cosa mas opuesta á la vida cristiana que la vida holgazana de lá gente ociosa, y es la que compone hoy la mas noble y mas numerosa parte del mundo. Ciertamente, cuando se piensa en un hecho que la moda y la licencia han hecho el día de hoy tan comun: cuando por una parte se nos representan los preceptos de la ley, las máximas de Jesucristo, y por otra esas personas mundanas, que de todos los días hacen días de fiesta y de diversion; esas gentes criadas en la haraganería y envejecidas en la ociosidad: cuando se considera esta vida inútil, de que se honran tantos y tantas, haciendo de ella mucha vanidad; da gana de preguntar, si todos los fieles que estan en una misma Iglesia, son de una misma reli-

gion, ó si teniendo todos una misma ley, unos mismos mandamientos y un mismo Evangelio; la gente noble, la rica, toda aquella que hace figura, y que hace algun papel en el mundo, si todos estos tienen algun privilegio particular que los dispense de la ley universal y de las obligaciones indispensables á todos los cristianos. ¡Cosa extraña! Aquel mismo hombre que en una fortuna mediana, que confundido con lo general del pueblo vivia cristianamente, y se juzgaba indispensablemente obligado á todos los preceptos de la ley; ese mismo hombre, despues que se vió con muchas conveniencias; esa misma mujer elevada ya á otra clase, creen que, para acreditar su recién nacida nobleza, han menester hacer profesion de holgazanería y de ociosidad. ¡O mi Dios, y qué prueba tan clara es del corto número de los escogidos esa vida ociosa, inútil y regalona de la mayor parte de la gente rica! Acordémonos de que es indigno de entrar en el reino de los cielos el que hace lo que no debe; pero tampoco es mas digno de entrar en él aquel que deje de hacer lo que está obligado segun su condicion: *Declinet à malo, et faciat bonum* (1 Petr. 3). No basta guardar cuidadosamente el talento que se recibió, y no perderle: el siervo perezoso fué condenado porque no quiso negociar con él. La religion cristiana no hace caso para la cuenta de títulos vacios, estériles y sin fruto: al tribunal del supremo Juez solamente nos acompañan nuestras obras. ¿Tendrán muchas que presentar en él esas gentes del mundo, cuyos días son tan vacios? y ¿se hallarán entonces mas ricas muchas personas consagradas á Dios en el estado eclesiástico y religioso despues de una vida tan poco ajustada á la austeridad, á la santidad y á las obligaciones de su estado? No pocas veces se introducen hasta en los claustros la ociosidad y la haraganería, disfrazándose en traje grosero y penitente.

Es cierto que no habitan los desiertos aquellos que visten con delicadeza; pero no lo es menos que el espíritu de delicadeza se suele acercar también más de una vez á la soledad. Una persona religiosa inmortalizada y menos observante, de necesidad ha de ser poco devota. A la ociosidad acompaña ordinariamente la indevoción, y la delicadeza es el fruto más natural de la ociosidad.

*El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el día I, pág. 17.*

### MEDITACION.

#### DEL EJEMPLO DE LOS SANTOS.

##### PUNTO PRIMERO.

Considera que los santos no solamente son objeto de nuestra veneración; también nos los propone la Iglesia por modelos que debemos imitar, y por ejemplos que debemos seguir. No ignoramos cuál fué la vida de los santos, cuáles sus máximas, cuánta la pureza de su corazón, cuánta la conformidad de su fe con la de sus costumbres, hasta dónde llegó su devoción, su mortificación y perseverancia: siempre alerta contra los más mínimos ímpetus del natural y de las pasiones: cada día más hambrientos y más sedientos de la justicia. El único objeto de toda su ambición era la perfección evangélica, y su modelo la vida de Jesucristo. Desterrados voluntariamente de todos los pasatiempos, se prohibían hasta las más lícitas diversiones, temiendo dar con ellas alguna tregua á unos enemigos, con quienes todos los días tenían que combatir, y á quienes era preciso vencer: austeros siempre hasta en las más indispensables

necesidades de la vida, continuamente se estaban acusando á sí mismos de que eran muy poco mortificados. Una modestia dulce, y una exterior apacible compostura era todo el adorno de aquellas doncellas, de aquellas señoras cristianas, que serán eterno, pero inútil asunto de envidia á los que no imitaron su virtud. ¡Dejarse ver en los espectáculos profanos! hubieran creído confundirse con los gentiles, y hacer una insigne injuria al nombre cristiano. ¡Qué cuidadosas, Señor! ¡qué reservadas en todo lo que podía alterar la caridad! ¡qué delicadeza en todo lo que podía vulnerar la inocencia! Solo tenían gusto en los trabajos, y no acertaban á concebir cómo podía un cristiano hallar en otra cosa sus delicias. Ocupables todo el tiempo el pensamiento de la eternidad, y no podían comprender que un corazón criado para Dios, capaz de amar á Dios, instruido en el precepto particular y en todas las obligaciones que tiene de amar á Dios, se pudiese fijar en objeto alguno creado, ni se dejase llenar de unos bienes aparentes que se pierden con la vida. El pensamiento de una interminable eternidad para los réprobos, y de una eterna bienaventuranza para los predestinados, estaba siempre presente á su memoria. De aquí nacía aquel disgusto, aquel tedio que les causaba el mundo y todas sus máximas; de aquí aquel odio implacable á su propio cuerpo; de aquí aquellas asombrosas penitencias y aquel suspirar continuo por la soledad. Esto fueron los santos: admirámonos de lo que fueron; pero ¿por ventura debieron hacer menos para serlo? La maravilla fuera si hubiesen sido santos haciendo lo que nosotros hacemos, y si nosotros fuéramos santos pareciéndonos tan poco á ellos.

## PUNTO SEGUNDO.

Considera lo desemejantes que somos nosotros de aquellos grandes modelos. ¡Cuánta diferencia de maximas, de costumbres y de conducta! ¡cuánta oposicion entre nuestra vida y la suya! ¡entre el camino que nosotros llevamos, y el que los condujo á ellos á la eterna bienaventuranza! Habiendo sido ellos humildes, castos, modestos, devotos, sufridos, apacibles, y mortificados; y viéndonos á nosotros tan altivos, tan orgullosos, tan indevotos, tan pecadores, tan impacientes y tan sensuales, ¿nos reconocerán por hermanos suyos? ¿Qué digo? si se nos mira mas de cerca, ¿se creará siquiera que somos de la misma religion que los santos? pero ¿no se engañarian quizá los santos, siguiendo una moral tan contraria á la que nosotros seguimos? ¡Ah! que nosotros mismos conocemos muy bien que, si ellos hubieran seguido esta moral, jamás llegaran á ser santos. Valga la verdad: ¿cuánta seria nuestra admiracion, cuánto nuestro asombro, si, leyendo la historia de alguno de aquellos héroes cristianos, hallásemos en él una vida poco desemejante de la nuestra: la misma codicia de interés, la misma ansia de pasatiempos, la misma ambicion, el mismo anhelo á todas sus conveniencias, los mismos impetus de las pasiones, el mismo espíritu de mundo y las mismas flaquezas? ¿qué imaginaríamos si, al leer las vidas de aquellas insignes mujeres que al presente se nos proponen por modelos de virtud, nos encontrásemos con unas mujeres que gastaban muchas horas en vestirse y en peinarse; que pasaban una vida ociosa y regalada; que se divertian muy bien, y que rara vez faltaban á los espectáculos profanos? ¿qué pensaríamos de aquellas personas religiosas que ahora nos las proponen por objeto de veneracion y de imitacion, si leyé-

ramos que casi nunca habian hecho otra cosa que su propia voluntad; que en la religion solo andaban buscando sus conveniencias, y que se habian dispensado, como nosotros, en la mayor parte de sus reglas? En ese caso, ¿proseguiríamos en tenerlas por objeto digno de nuestra veneracion y de nuestro culto? Estando como estamos, bien instruidos en las grandes verdades de nuestra religion y en las máximas del Evangelio, nos persuadiríamos nunca de que aquellos habian sido santos? ¿Qué especie de santidad es esta, diríamos entonces con indignacion, que nos vienen á cacarear unos hombres tan imperfectos como nosotros? ¿No es esto propiamente echar á rodar la idea justa que todos tenemos de la virtud cristiana? Si pudiera uno ser santo entregándose á la profanidad, á la licencia y á los pasatiempos, quitésenos el Evangelio. ¿A qué propósito una moral rígida, estrecha y aparente, cuando puede uno ser santo, cuando se puede salvar á menos costa? Y si despues de nuestra muerte le diera á alguno la gana de escribir la historia de nuestra vida, ¿creemos seriamente que se hallarian muchos que nos tuviesen por santos? pues ¿cómo lo queremos ser no mudando de conducta? Cuéntase mucho con la misericordia del Señor: está bien: ningunos contaron mas con ella que los santos; pero esta su confianza, ¿los hizo acaso mas descuidados ó menos penitentes?

Haced, Señor, que no me sean sin provecho unas reflexiones tan justas y tan importantes. Conozco el gran peligro en que estoy; dame gracia para no malograr el ejemplo de los que deben servirme de modelos.

## JACULATORIAS.

*Beati immaculati in via, qui ambulant in lege Domini,*  
Salm. 118.

Bienaventurados los que se conservan inocentes, y caminan con fidelidad por la ley santa del Señor.

*Da mihi intellectum, et scrutabor legem tuam, et custodiam illam in toto corde meo.* Salm. 118.

Dadme, Señor, entendimiento, que yo meditaré vuestra ley, y me dedicaré á guardarla con todo mi corazón.

### PROPOSITOS.

1. El ejemplo de los santos hará el proceso á todos los que tienen la desgracia de perderse. Serán los santos unos testigos, que, por decirlo así, se nos confrontarán, y su declaracion contra nosotros no sufrirá réplica. Ellos eran hombres como nosotros, sujetos á las mismas pasiones y á las mismas miserias que nosotros. Tuvieron los mismos estorbos que vencer, los mismos enemigos que combatir, y nosotros no tenemos ni distinto Evangelio, ni diferentes mandamientos que guardar. Sabemos cómo vivieron ellos, y no ignoramos cómo vivimos nosotros. Nunca leas vida de algun santo sin hacer alto en las reflexiones que ella misma te sugiriere. Coteja tu vida con la suya, y oye los cargos de que te acusa esta monstruosa diferencia, preguntándote muchas veces á ti mismo si serás santo viviendo como vives.

2. Siempre que leas la vida de algun santo, propon imitar alguna de sus virtudes y de sus particulares devociones. Ninguna vida hallaras, por extraordinaria, por maravillosa que sea, que no te ofrezca alguna virtud á que con la divina gracia pueda llegar tu imitacion. Por lo comun, ó muy regularmente en las vidas de los santos se para la atencion en lo mas raro, en lo mas extraordinario; esto embelesa, esto suspende, y este es todo el fruto que se saca. Todo lo contrario has de practicar: párate en aquello que

en mas comun. Su grande inocencia, su constante mortificacion, su vigilancia en huir todas las ocasiones de pecar, su fervor, su devocion á la santísima Virgen, estas son las virtudes que hemos de imitar en las vidas de los santos.

### DIA NUEVE.

#### LA DEDICACION DE LA IGLESIA DEL SALVADOR, LLAMADA COMUNMENTE SAN JUAN DE LETRAN.

Celebra hoy la santa Iglesia la primera solemne dedicacion de los templos consagrados á Dios que se hizo en la cristiandad, y fué la de aquella célebre iglesia que el emperador Constantino mandó erigir en Roma hácia el principio del cuarto siglo en su mismo palacio de Letran sobre el monte Celio, la cual se llamó la iglesia del Salvador por haberse dedicado en honra suya.

Aunque el culto que debemos á Dios no está ligado á un sitio mas que á otro; y aunque en todo lugar pueden y deben adorarle en espíritu y en verdad los verdaderos fieles, como se explica el mismo Salvador, sin que ya sea menester subir al monte ó ir á Jerusalem para adorarle, pues en todas partes está presente el Señor, quiso no obstante escoger en la tierra algunos sitios donde se le ofreciesen sacrificios, y tener entre nosotros, por decirlo así, algunas casas para recibir nuestras visitas, oir nuestras súplicas, recibir y despachar nuestros memoriales. Escogió el monte de Moriah para que Abraham le sacrificase á su hijo Isaac, y en el mismo quiso ser singularmente honrado y glorificado, inspirando á Salomon que edificase